JACINTO BENAVENTE

LA CENICIENTA

COMEDIA DE MAGIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS, DIVIDIDA EN QUINCE CUADROS

Ilustraciones musicales del maestro Prudencio Muñoz.

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 20 de diciembre de 1919.



Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.

1920

LA CENICIENTA

JACINTO BENAVENTE

39

LA CENICIENTA

COMEDIA DE MAGIA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS, DIVIDIDA EN QUINCE CUADROS

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 20 de diciembre de 1919.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1920



MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL PRÍNCIPE	Carmen Moragas.
CENICIENTA	Carmen Seco.
FANTASÍA	Emérita Esparza.
LA VIEJA	Luisa Calderón.
ERMELINDA	Josefina Roca.
MELISENDRA	Concepción Castañer.
BELARDA	María Boixader.
ALDEANA 1.ª	María Fuentes.
ALDEANA 2.ª	Josefa L. Velázquez.
POETA	Ricardo Calvo.
BUMBÚN	Emilio Mesejo.
EL CONDE FABIO	José Roméu.
EL REY	Pedro Guiráu.
PANCRACIO	Delfín Jerez.
BARTOLILLO	Alfredo Corcuera.
CORTESANO 1.º	Manuel Martín.
CORTESANO 2.º	Alfonso de Pomar.
CORTESANO 3.º	Emilio Barreda.
ALDEANO 1.º	Manuel Gutiérrez.
ALDEANO 2.º	Fernando Peinador.

HADAS, DAMAS, ALDEANAS, REYES MAGOS, CORTESANOS, PAJES, SOLDADOS, MONOS Y ENANOS

TÍTULOS DE LOS CUADROS

PRÓLOGO

1.º Los Reyes Magos.
2.º La tristeza del Príncipe.
3.º El hada Fantasía.
4.º El país de la ilusión.

ACTO PRIMERO

1.º La Cenicienta.
2.º Las preciosas ridículas.
3.º Las monadas de unos monos.

ACTO SEGUNDO

1.º La invitación al baile.
2.º Los sueños de Cenicienta.
3.º La fiesta en Palacio.

ACTO TERCERO

1.º La hora fatal.
2.º El zapatito.
3.º La Princesa.
4.º Los enanos misteriosos.
5.º Apoteosis.

PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Alcoba de un niño.

ESCENA ÚNICA

POETA

Yo soy un enviado del hada Fantasía. La pobre está cada día más loca, y sus buenos amigos no la dejamos presentarse en público porque cometería mil inconveniencias. Sus amigos somos también algo locos, pero no tanto como ella. Somos los emisarios de sus locuras, pero sabemos atenuarlas. Aunque poetas, somos hombres de mundo. La pobre Fantasía está prisionera de la Realidad, condenada a hacer cuentas y números, que es el mayor castigo para ella; aun así, sabe escaparse de su atormentadora y con los números hace fantasías. Ahora prepara los presupuestos de todas las naciones del mundo, que no pueden ser más fantásticos, y el de España, que ya no es fantasía: es la locura. Pero el hada Fantasía es muy buena y en su tristeza no olvida la tristeza de nadie, y su única alegría es poder alegrar a todos los que están tristes. Sabe que son las fiestas de Navidad, y a los poetas de su corte nos ha encargado que en su nombre discurramos algo para divertir a los hombres, que están cada día más huraños y más foscos, más crueles y más bárbaros. Entraos por su corazón — nos ha di-

cho — y no os detengan los brutales instintos, ni las malas pasiones, ni las perversidades que os salgan al paso, como los dragones y monstruos que defienden la entrada de los palacios de encanto. Entraos muy adentro, que en el fondo de todo corazón de hombre hay un niño, un niño que duerme. Y aquí estoy junto a la cama de un niño dichoso, de un niño mimado, y es que me entré muy adentro por el corazón de los hombres y hallé al niño que duerme. En nombre del hada Fantasía quiero que, como niño, sueñes con lo que más pueda alejarte de la realidad. ¡Mira! Llegan los Reyes Magos. ¿Qué traen para ti? Cuando acuden llamados por un poeta no pueden traer más que fantasías, y esta vez traen un cuento de hadas pueril y malicioso, inocente y sabio, porque es un cuento de ascensiones gloriosas que en nuestra vida, como en los cuentos de hadas, sólo a un poder maravilloso responde; al poder del amor, la eterna magia que todo lo transforma y embellece y puede hacer de nuestra vida, pobre Cenicienta, lo que de Cenicienta hizo el amor de un príncipe; y así, cuando en el cuento tan sabido y tan viejo veáis cómo un hada bondadosa y un talismán maravilloso, a la más pobre y triste criatura transforman en la más hermosa princesa del mundo, pensad que el hada bondadosa y el talismán maravilloso están en vuestro corazón. Sí, me diréis; pero... el príncipe, ¿dónde estará el príncipe? Si a nuestro amor no responde otro amor, si a nuestra bondad se niega otra bondad, ¿qué será del encanto? Todo se habrá perdido. Sí, es posible. ¡Quién sabe! Ahora voy a contaros un cuento. Mi obligación es engañaros y divertiros. No me envió para otra cosa el hada Fantasía, reina y señora de los poetas.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Salón de Palacio.

ESCENA ÚNICA

El REY, el CONDE FABIO y CORTESANOS 1.º, 2.º y 3.º; luego BUMBÚN

REY. La nieve fuera, la tristeza dentro. Así está de frío mi palacio. ¿Qué es del Príncipe? ¿Qué es de mi adorado hijo? El que debiera ser la esperanza de mi reino, la alegría de mi vejez, y es mi mayor tristeza, porque al verle siempre triste y enfermo no puede haber alegría para mí. ¿Le habéis visto hoy?

CONDE. Ya sabéis que no quiere ver a nadie. Encerrado en el salón más obscuro de Palacio, se consume en mortal melancolía.

REY. Los doctores no aciertan a curarle.

CONDE. No es la suya enfermedad que pueden curar los doctores.

REY. Todos los tesoros de mi reino daría yo a quien fuera capaz de devolverle la salud y la alegría con ella. Discurrid fiestas, luminarias. Presentadle retratos de princesas hermosas. ¡Si fuera capaz de enamorarse!

CONDE. Todo es inútil. Nada le divierte, nada le agrada.

REY. ¿No dijo Bumbún que había hallado un medio de divertir al Príncipe? ¡Llamad a Bumbún!

CONDE. ¡Llamad a Bumbún!

CORTES. 1.º ¡Llamad a Bumbún!

CORTES. 2.º ¡Que llamen a Bumbún!

CORTES. 3.º ¡Decid que digan al secretario de Cámara que diga al mayordomo que comunique al primer ujier que transmita al segundo la orden de que los pajes de escalera inviten a Bumbún a comparecer ante la real presencia!

REY. ¡Qué harto estoy de etiquetas! ¡Dejadme! Por allí pasa Bumbún; le llamaré yo mismo. ¡Bumbún! ¡Bumbún! Ved qué sencillo.

CONDE. Señor... Majestad... ¿Cómo os habéis molestado en haberle llamado vos mismo?

REY. No, no me he molestado nada. *(Entra Bumbún.)*

BUMBÚN. ¿Qué me queréis, señor?

REY. ¿No dijiste que habías encontrado un medio de divertir al Príncipe?

BUMBÚN. ¡Ah! Sí, es mi secreto.

REY. Pero yo puedo saberlo.

BUMBÚN. Sois el único que no lo sabe. Quería sorprenderos.

REY. Yo te aseguro que, a pesar de saberlo, me sorprenderé lo mismo cuando llegue el caso.

BUMBÚN. Pues, señor... Yo he mandado traer una colección de monos que son una monada. Llevo veinte días amaestrándolos y ya saben hacer una porción de gracias. Remedan a las damas y a los cortesanos de Palacio que es una maravilla.

REY. Para eso no había que traer monos. Ya se remedan ellas y ellos unos a otros.

BUMBÚN. Pero con menos gracia. Os digo que si el Príncipe no se divierte con mis monos, no se divertirá con nada.

REY. El Príncipe ya no es un niño para divertirse con unos monos. ¡Bumbún, eres un majadero!

BUMBÚN. Pues he representado muy bien a Vuestra Majestad como embajador en muchas Cortes extranjeras.

REY. Yo te elegí por tus condiciones físicas, que son excelentes para dar idea de la prosperidad de mi reino.

BUMBÚN. No lo créais, señor; a cortesanos gordos, pueblo flaco.

REY. Si das en decir cosas desagradables, perderás mi gracia.

BUMBÚN. A eso estamos siempre expuestos los graciosos. A perder la gracia de todos por lucir la nuestra; pero esto de ser gracioso es una vocación. Señor, ¿no queréis ver mi colección de monos?

REY. Más tarde. Ahora tengo Consejo de ministros. Hemos de decidir lo que puede hacerse para curar al Príncipe.

BUMBÚN. Pues si el Consejo se da tan buena maña para curar al Príncipe como para curar los males de vuestro reino, ¡pobre Príncipe!

REY. Ya sabes que si yo oigo a mis ministros, es para hacer lo contrario de lo que me aconsejan.

BUMBÚN. Es el mejor sistema con los ministros y con los médicos.

REY. ¡Señores! ¡Id a ver qué hace el Príncipe, y procurad divertirle por todos los medios! Quiero dar en Palacio una fiesta. Una fiesta maravillosa. Veremos qué dice el ministro de Hacienda.

BUMBÚN. Para fiestas nunca falta dinero.

REY. Bumbún, yo quiero que mi hijo no esté triste.

BUMBÚN. ¡Quién sabe, señor, si la tristeza de vuestro hijo no es la tristeza de vuestro reino! Si vuestro reino fuera dichoso, tal vez lo sería vuestro hijo.

REY. ¿Tú crees...? Lo consultaré con mis ministros.

BUMBÚN. Un Príncipe sabio y bondadoso como vuestro hijo tiene el mejor consejero en su corazón. Dejad en libertad al Príncipe. Abridle las puertas de Palacio, y que él por sí mismo busque la salud y la felicidad.

REY. Bumbún, no eres tan tonto como parece.

BUMBÚN. Señor, para que de cuando en cuando pueda oírse una verdad, hay que haber dicho antes muchas tonterías.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un salón.

ESCENA ÚNICA

El PRÍNCIPE; luego FANTASÍA y el POETA

PRÍNCIPE. Nadie comprende el goce de estar triste, y yo gozo con mi tristeza, porque mi tristeza es inteligencia, es la tristeza de comprender la vida o de creer que la comprendo; pero... ¡quién pudiera no comprender! *(Entran Fantasía y el Poeta.)* ¡Eh! ¿Quién llega? ¿Quién es? ¿Son los cortesanos? ¡No, no quiero veros; vuestras lisonjas, vuestras adulaciones me son insoportables! Quiero la verdad o una hermosa mentira.

FANTASÍA. Príncipe, yo soy tu amiga, tu protectora.

PRÍNCIPE. ¿Quién eres tú?

FANTASÍA. ¡El hada Fantasía! Gracias a un poeta amigo mío, he logrado escaparme de mi prisión. La Realidad me tenía prisionera en una casa de banca, condenada a no ver más que cifras y cifras; después quiso tenerme más segura, y me encerró en una caja de caudales; pero logré escaparme y aquí estoy, y conmigo llega mi poeta favorito, y los dos venimos a embellecer tu vida, a poblar tu imaginación de graciosos embustes y locas fantasías. Tu vida será como un cuento de hadas.

PRÍNCIPE. ¿Una mentira?

FANTASÍA. Nosotros la imaginamos para ti; pero tú puedes hacer que sea verdad.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

FANTASÍA. Vive en nuestro cuento como si en realidad fuera tu vida. Déjate llevar por nosotros. Cuando el cuento haya terminado, lo que en él hayas puesto de tu corazón, lo hallarás en tu vida, y ésa será la verdad del cuento. ¿No es verdad, mi poeta?

POETA. En los sueños, como en la vida, sólo hay una verdad: el amor. Por el que las realidades parecen tan hermosas como las fantasías, y las fantasías llegan a ser tan ciertas como las realidades. Las pocas realidades hermosas que hay en el mundo, ¿qué han sido antes? Locuras, sueños, fantasías, cuentos.

PRÍNCIPE. ¿Dónde estoy?

POETA. En el jardín de la ilusión. ¡Mira! Todo es color de rosa. Es una eterna aurora, es un eterno amor. Mira los enamorados felices que van sin inquietud y sin celos, como si no supieran que el amor puede acabar antes que la vida y estuvieran seguros de que la vida no puede acabar mientras el amor exista; así van en sus sueños gloriosos, como triunfadores del dolor y de la muerte. Sueña como ellos, Príncipe mío, y empiece para ti el cuento de hadas, que ha de ser tu vida.

TELÓN

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un bosque nevado.

ESCENA ÚNICA

CENICIENTA y la VIEJA

CENICIENT. ¡Qué miedo! ¡Los lobos han bajado al bosque! ¡Están hambrientos, y si me anochece en el camino, van a devorarme! ¡Pobre de mí! ¡Debí morirme el día que murió mi madre! *(Una voz dentro.)*

VIEJA. ¡Socorro! ¿Quién me ayuda?

CENICIENT. ¿Quién pide socorro? ¡Ah! Sí, una pobre vieja que se ha caído entre la nieve. Corro a favorecerla. *(Sale Cenicienta con la Vieja.)* ¿Os habéis hecho daño?

VIEJA. No, no. Resbalé en la nieve y caí. ¡Soy tan vieja!... Vine al bosque a por un haz de leña. Vivo en una cabaña cerca de aquí. ¿Y tú, pobre niña, tú vendrás de muy lejos? Porque cerca de aquí no hay otra habitación que mi pobre cabaña. ¿Cómo te has atrevido a venir sola en un día como éste?

CENICIENT. Si creéis que he venido por mi gusto... ¡Estoy muerta de miedo!

VIEJA. ¿No tienes padres? Y si los tienes, ¿cómo han podido enviarte a buscar leña con este temporal de nieve, cuando los lobos bajan hambrientos del monte, y puedes perderte en el camino?

CENICIENT. Sólo tengo padre, pero como si no lo tuviera. Murió mi madre, y mi padre se casó con otra mujer.

VIEJA. ¿Tienes madrastra? ¡Mal parentesco!

CENICIENT. Una mujer muy mala, que me odia; y si fuera ella sola en odiarme...; pero tiene dos hijas, mis hermanastras, que son peores que ella. Ya no saben qué discurrir para atormentarme. Donde me veis, mi casa es una casa muy hermosa, y nada falta en ella.

VIEJA. ¿Es posible? Gran maldad cometen contigo.

CENICIENT. Yo no salgo de la cocina. ¿Sabéis cómo me llaman mi madrastra y mis hermanastras? La puerca Cenicienta.

VIEJA. Pero... tu padre...

CENICIENT. Mi padre está acobardado. Mi padre perdió toda su hacienda y se casó con una viuda muy rica. Como todo lo que hay en la casa es suyo..., ella manda y gobierna. Cuando mi padre quiere defenderme, no sabéis las cosas que le dicen mi madrastra y sus hijas.

VIEJA. ¡Pobre Cenicienta! ¿Y no has pensado nunca en escaparte de tu casa?

CENICIENT. ¿Y adónde iría yo? ¡Pobre de mí! Además, aunque mi padre no es bueno conmigo y consiente que su mujer y sus hijas me traten de tal modo, yo quiero mucho a mi padre, que antes era muy bueno y quería mucho a mi madre. ¡Mi madre sí que era buena! ¡Si ella viera lo que hacen conmigo!...

VIEJA. Sí, lo verá, lo verá desde el cielo.

CENICIENT. ¿Verdad que sí? Y estará muy triste.

VIEJA. Eso no, hija mía. En el cielo nadie puede estar triste.

CENICIENT. Es verdad. Pero... ¿cómo puede ver a su hija así y no estar triste?

VIEJA. Desde el cielo no se ven las cosas de la tierra como las vemos en el mundo. Aunque tú no lo creas, tú eres más feliz que esas malas pécoras que te atormentan, y si no, dime: ¿te cambiarías tú por ellas?

CENICIENT. De ningún modo. Por nada del mundo quisiera ser como ellas.

VIEJA. Pues eso lo ve también tu madre desde el cielo: que tú eres mejor que ellas. Por eso tu madre no puede estar triste.

CENICIENT. Ya es de noche. No puedo detenerme. Si llegara tarde a mi casa me pegarían.

VIEJA. Sí, vamos, vamos. ¡Ay! ¡No puedo, no puedo! Si quisieras ayudarme...

CENICIENT. Si no está muy lejos vuestra cabaña, yo os llevaría allí el haz de leña.

VIEJA. Pero... ¿y si vuelves tarde a tu casa y te pegan, como dices?

CENICIENT. Una vez más, ¿qué importa? Estoy tan acostumbrada... Me dais lástima y quiero serviros de algo.

VIEJA. Eres buena; no te pesará. ¡Quién sabe si algún día podré servirte en algo yo también! Mira, cuando tengas alguna pena muy grande o algún deseo que nadie pueda satisfacer, acuérdate de mí. Acuérdate de la vieja del bosque y ¡quién sabe!, ¡quién sabe!

CENICIENT. ¡Aúllan los lobos! ¡Qué miedo!

VIEJA. No tengas miedo. Mira, allí está mi cabaña. ¿No ves luz a lo lejos?

CENICIENT. Sí, una luz. ¡Qué hermosa! ¿Es vuestra cabaña? ¡No! ¿Qué luz es ésa? ¡Estoy soñando! ¿Dónde estoy? ¡Y la pobre mujer no está aquí! ¡Buena mujer! ¿Qué ha sido de ella? Pero... ¿qué es esto? ¿Qué me ha pasado? ¡Qué claridad en todo el bosque! ¿Qué hermosa luz es ésta?

UNA VOZ. *(Dentro.)* ¡La luz de tu corazón, pobre Cenicienta!

CENICIENT. ¡Madre! ¡Madre mía! ¡No estoy sola en el mundo! ¡No estoy sola!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Salón en casa de los padres de Cenicienta.

ESCENA PRIMERA

BELARDA, ERMELINDA y MELISENDRA

BELARDA. ¿Qué os sucede, hijas mías?

ERMELIN. ¿No sabéis la noticia?

BELARDA. No sé nada.

MELISEN. Que en Palacio se celebra una fiesta...

ERMELIN. Que a esa fiesta está invitado todo el mundo...
MELISEN. Todo el que significa algo en el mundo...
ERMELIN. Y que a nosotras no nos han invitado...
MELISEN. Eso es...
ERMELIN. Y que eso no es posible...
MELISEN. Nosotras tenemos que ir a Palacio. ¿Entiendes, mamá?
BELARDA. ¿Qué queréis que yo haga?
ERMELIN. Pues decir al pazguato de vuestro marido que su esposa y tus hijas tienen que ir a esa fiesta o quedaremos deshonradas.
MELISEN. ¡Yo me encerraré en un convento!...
ERMELIN. ¡Y yo me casaré con el primero que llegue, por salir de esta casa!...
BELARDA. Está bien, hijas mías; yo se lo diré a vuestro padre.
MELISEN. ¡Padrastro, y gracias! Ese hombre con quien en mala hora os unisteis en unión nefanda...
BELARDA. ¡Hijas mías! Cualquiera que os oyera...
ERMELIN. En unión indigna de nuestro linaje. Porque ese hombre no es más que un hombre vulgar, y nosotras descendemos por cuatro ramas de la más linajuda nobleza...
MELISEN. Y si no fuera por ese funesto enlace, ya estaríamos invitadas al baile de Palacio...
ERMELIN. Y ya nos habríamos casado cuarenta veces con cuarenta nobles señores...
BELARDA. Y os casaréis, hijas mías; gracias a Dios, lleváis un buen dote y sois muy hermosas...
ERMELIN. Y somos nobles por los cuatro costados...
MELISEN. Y cultivamos nuestro entendimiento con sabias lecturas...
ERMELIN. Pero la plebeya condición de vuestro marido desluce todas nuestras gracias.
BELARDA. ¡Aquí llega vuestro padre!
MELISEN. ¡Padrastro, padrastro! Decidle lo que hace al caso.

ESCENA II

DICHAS y PANCRACIO

PANCRAC. ¡Hola, mujer! ¿Cómo estáis, hijas?
BELARDA. ¡Mujer, mujer! Decid esposa.
MELISEN. Llamadnos por nuestro nombre: Ermelinda y Melisendra.

PANCRAC. Como queráis. ¿Y vuestra hermana?

MELISEN. Cenicienta, querréis decir. No sabemos dónde está. La cocina es su sitio.

BELARDA. Fué por leña y no ha vuelto todavía. Es una chiquilla sin juicio y... como la tenéis tan consentida...

PANCRAC. ¡Pobre hija mía!

BELARDA. No tenéis por qué compadecerla. Es una holgazana.

MELISEN. Dejad ahora a Cenicienta y decidle lo que importa.

PANCRAC. ¿Qué es ello?

BELARDA. El Rey da una fiesta en Palacio.

PANCRAC. ¡Ah!, sí, para divertir al Príncipe, que se muere de melancolía.

BELARDA. Tus hijas desean asistir a esa fiesta...

PANCRAC. ¿Vosotras a una fiesta de Palacio?

MELISEN. ¡Ah! Lo decís así, como si fuera una locura de nuestra parte. ¿Creéis que nosotras somos indignas de asistir a esa fiesta? Por derecho propio estaríamos invitadas si nuestra madre no hubiera cometido la irreparable falta de manchar sus claros blasones al unirse con un plebeyo.

PANCRAC. ¡Sus claros blasones! ¡Pero si vuestra madre es, como yo, hija de un honrado zapatero, y en la tienda de su padre la conocí yo cosiendo hebillas a los zapatos, mientras yo machacaba suelas y tacones!...

MELISEN. ¡Calumnias! ¡Calumnias!

PANCRAC. ¿Vais a negarme que vuestro abuelo era zapatero?

MELISEN. Un abuelo no significa nada. Remontaos a los bisabuelos y sabréis de quién descendemos.

PANCRAC. Mirad, hijas mías; bueno: Melisendra y Ermelinda, y vos, Belarda, mi mujer, mi esposa o como queráis que os llame. Tengamos la fiesta en paz, que ya estoy harto de vuestras vanidades, que son el hazmerreír de las personas de juicio.

MELISEN. ¿A quién llamáis personas de juicio?

ERMELIN. ¿A qué osais llamar vanidades?

MELISEN. ¿Veis a lo que habéis dado lugar, señora, con vuestra desatinada inclinación por este hombre?

ERMELIN. ¡Qué deshonor! ¡Qué afrenta!

PANCRAC. ¡Vaya, que perderé los estribos y me iré de esta casa con mi pobre hija, a la que estáis atormentando!

BELARDA. No seréis capaz.

ERMELIN. Sí que es una amenaza.

MELISEN. Ya tardáis en iros, y mejor si os lleváis esa alhaja de Cenicienta.

ERMELIN. Sí que será para llorarlos.

MELISEN. ¡Mirad el villano insolente! ¡Ved lo que hicisteis con encumbrarle!

BELARDA. Salid, salid si queréis. Pronto haréis vuestro hatillo, si no habéis de llevaros más de lo que trajisteis.

PANCRAC. ¡Desdichado de mí! ¡Desdichado!

MELISEN. Callad, que llega el conde Fabio y no es bien que nos halle en indecorosa reyerta.

PANCRAC. ¿Ese pisaverde que os corteja por vuestro dinero? ¡Merecíais casaros con él!

MELISEN. ¿Con un conde nosotras? ¡Es poca nobleza la suya! ¡Aún no hemos caído tan bajo!

PANCRAC. Veremos dónde caéis con vuestras locuras.

ESCENA III

DICHAS y el CONDE; luego CENICIENTA

CONDE. Admirables, amables y adorables, cuanto admiradas, amadas y adoradas, ¿dais licencia?

MELISEN. ¡Ah, conde Fabio! ¡Siempre tan madrigalesco!

CONDE. Siempre vuestro rendido admirador.

ERMELIN. ¿Nuestro, decís? ¿No os habéis decidido todavía? Ved que las dos a un tiempo no podemos admitir vuestras galanterías.

CONDE. Pues decidid vosotras, que yo nunca sabré decidirme.

MELISEN. No estamos en Turquía, conde Fabio.

CONDE. Por desgracia... ¿Sabéis que en Palacio se dispone un gran baile?

MELISEN. Sí; ya estamos invitadas. Hemos sido las primeras en recibir la invitación. ¿Asistiréis también?

CONDE. ¿Podéis dudarlo? Siempre he sido de los primeros invitados. ¿Me haréis el honor de bailar conmigo?

MELISEN. ¡Por supuesto! Sois el primer danzarín de la Corte.

CONDE. ¡Ah, eso sí! ¡He danzado tanto en este mundo!... También he de cantar a ruegos del Rey y de toda la Corte. He aprendido una trova. Vais a oírla.

ERMELIN. ¡Oh, qué encanto!

CONDE. Traed el laúd.
PANCRAC. ¡Música tenemos!
CONDE. Vais a oír. ¡Es música celestial! *(El Conde canta.)*
ERMELIN. ¡Oh!
MELISEN. ¡Ah!
CONDE. ¿Qué os ha parecido?
MELISEN. ¡Oh!
ERMELIN. ¡Ah!
MELISEN. Enmudecer es el mejor elogio. *(Ha entrado Cenicienta.)*
CENICIENT. ¡Qué linda canción!
CONDE. ¿Quién es?
BELARDA. ¿Qué haces tú aquí?
MELISEN. ¿Quién te ha dado permiso?
ERMELIN. ¿Cómo te atreves...?
CONDE. Pero... ¿quién es?
MELISEN. Figuraos... Una triste sirviente. ¡Cenicienta, fuera de aquí! ¡Desvergonzada!
CENICIENT. No pude contenerme. ¡La música me encanta! ¡Era tan linda!...
BELARDA. ¿Oís esto? ¡Anda a la cocina!
MELISEN. ¡A la cocina; pronto!
PANCRAC. ¡No la maltratéis! ¡Por vida!...
BELARDA. ¡Habráse visto atrevimiento! ¡Presentarse en el salón de ese modo!...
ERMELIN. ¡Fuera de aquí; pronto! *(Sale Cenicienta.)*
PANCRAC. ¡Pobre hija mía!
BELARDA. No digáis que es vuestra hija en presencia del Conde.
PANCRAC. Está bien. ¡Soy un desgraciado!
CONDE. No la castiguéis. Merece perdón. Ha sido por oírme. Con vuestra licencia me retiro. Tendréis que disponer mil adornos para la fiesta. Siempre a vuestras plantas. *(Sale el Conde.)*
BELARDA. Ya podéis decir a Cenicienta...
PANCRAC. ¡No diré nada!
MELISEN. ¡Nos bastamos nosotras! Lo que habéis de hacer es buscar cuanto antes el medio de que seamos invitadas a la fiesta de Palacio.
ERMELIN. ¡Por de contado, o no volváis a presentaros en esta casa.
BELARDA. Ya lo oís. Es preciso que vayan al baile.
ERMELIN. ¡Es preciso!
MELISEN. ¡O nos moriremos de vergüenza!
ERMELIN. ¡Reventaremos de coraje!
PANCRAC. (¡Ah! ¡Si yo supiera que era verdad!...)

BELARDA. Sí; id, y no volváis sin las invitaciones. ¡No faltaría otra cosa!

PANCRAC. ¡Señor! ¡Señor! ¡Dichosa fiesta!... *(Sale Pancracio.)*

MELISEN. Y nosotras vamos a disponerlo todo: vestidos, flores, joyas... ¡Quién sabe si el Príncipe puede prendarse de nosotras!

ERMELIN. O el Rey, que está viudo.

MELISEN. Por lo menos algún duque.

ERMELIN. Pero de duque no rebajo nada.

MELISEN. ¡Por supuesto! *(Entra Cenicienta.)*

CENICIENT. ¡Señora Belarda!

BELARDA. Pero... ¿estás aquí otra vez? ¡Habráse visto!...

CENICIENT. Yo quiero ir también al baile de Palacio.

MELISEN. ¿Qué dice?

ERMELIN. ¡Está loca!

MELISEN. ¡Está desatinada!

BELARDA. ¡Ir al baile!... ¡Es para reírse!

MELISEN. ¡Es para matarla!

LAS TRES. ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! *(La pegan.)*

CENICIENT. ¡Ay!, ¡ay!

MELISEN. ¡Fuera de aquí!

BELARDA. ¡A la cocina!

ERMELIN. ¡A la cocina!

CENICIENT. ¡Pues yo he de ir al baile! ¡He de ir al baile!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un jardín en Palacio.

ESCENA ÚNICA

BUMBÚN y BARTOLILLO; después el REY, el PRÍNCIPE y FANTASÍA

BUMBÚN. Bartolillo, hijo mío, trae acá esa cesta. ¿Qué haces? ¿Te estás comiendo la comida de mis monos?

BARTOL. No, señor, no.

BUMBÚN. Si estás con la boca llena...

BARTOL. No, señor, no.

BUMBÚN. No andes con tonterías, Bartolillo; mira que los monos son primero que nadie. Ya sabes que el Rey sólo desea que el Príncipe no esté triste ni alicaído. Al que consiga divertirle le dará cuanto pida. Será el amo de Palacio. Yo espero serlo. Para ello cuento con estos monos. ¡Bartolillo, déjalos en paz! ¡Bartolillo, no te comas las manzanas, que te voy a dar una torta!

BARTOL. ¡Preciosos! ¡Ricos! ¡Monísimos! ¡Tomad golosinas! ¿Queréis más? ¡Hartaros de todo!

BUMBÚN. Así me gusta. Mira, te has olvidado de aquel pobrecito. El último. Ya sabes que en estos tiempos es a quien hay que tratar mejor: al último mono... ¡Señores monos! ¿Estáis contentos? ¿Os trata bien todo el mundo? Yo sólo quiero que estéis muy contentos y que cuando venga a veros el Príncipe estéis muy graciosos y no vayáis a meter la pata; porque entonces todo se habrá perdido. ¿De qué te ríes, Bartolillo? ¡Eres un estúpido!

BARTOL. Me río..., me río de pensar cuándo se habrán visto en otra estos monos.

BUMBÚN. Bartolillo, aún no sabemos a quién tendremos que adular en el mundo. Además, la adulación, que parece cosa baja y despreciable cuando se dedica a los reyes y a los grandes señores, cuando se emplea con los que parecen inferiores ya no es adulación, es sabia política... Pero aquí llega el Rey con el Príncipe y los cortesanos. ¡Señor!... ¡Príncipe!...

REY. Vamos a ver cómo nos divierten tus monos. El Príncipe está muy bien dispuesto hoy. Sólo desea alegrarse y reír.

BUMBÚN. No deseo otra cosa, señor. ¡Abre la jaula, Bartolillo!

BARTOL. ¡Me da mucho miedo!

BUMBÚN. ¡Qué tonto eres! Si les diéramos libertad antes de comer...; pero ya han comido. No hay cuidado.

REY. Eres más previsor que mis ministros. Dices bien: primero la comida, después la libertad.

BUMBÚN. ¡Vayan saliendo aquí todos! ¡Saludad a Su Majestad, a Su Alteza! ¡Saludad a los demás señores! ¡Besad la mano a las señoras! *(Las damas gritan asustadas.)*

DAMAS. ¡No, no! ¡Qué asco! ¡Qué horror! ¡Qué miedo!

BUMBÚN. No las beséis las manos; las señoras se asustan. Saben que el mono es el animal más parecido al hombre, y viceversa. Bartolillo, dirige el baile.

Empieza la danza. Mis monos remedan todas las danzas pasadas, presentes y futuras. La danza natural. La danza del mono y del hombre primitivo. Danzar por danzar. La danza guerrera. La danza seductora. Danza ceremoniosa. Albores de la civilización. Menos ceremonias y más civilización; a esto llegaremos.

TODOS. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy gracioso!

REY. El Príncipe no se ha divertido nada.

PRÍNCIPE. No me he divertido nada, Bumbún.

BUMBÚN. ¡Pues nos hemos divertido! ¡Es que hay días, señor!... ¿Queréis que remeden a los cortesanos? ¿Queréis que...? *(Entra el hada Fantasía.)*

REY. ¿Quién es esa dama? ¿Quién la ha traído a Palacio?

PRÍNCIPE. Es mi amiga, señor; es Fantasía. Ella es la única que consigue alegrarme. Ella me ha prometido embellecer mi vida.

REY. ¿Qué hará para conseguirlo?

FANTASÍA. Lo que yo puedo hacer: fantasías, locuras, caprichos. Lo que esté más fuera de la realidad y del orden. Trastornar la vida si es preciso. Señor, vuestros cortesanos se han divertido con vuestros monos. Ahora serán los monos los que se diviertan con los cortesanos. ¡A ellos!

TODOS. ¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Socorro! ¡Favor!

PRÍNCIPE. ¡Ja, ja, ja!

FANTASÍA. Ya están en la jaula. ¿Verdad que no es mucha la diferencia? Ved ahora a los cortesanos. Gritan y se revuelven como monos. Los monos han tomado el aire ceremonioso de vuestros cortesanos.

PRÍNCIPE. ¡Ja, ja, ja!

REY. Es una falta de respeto. No debiera permitirlo. Pero el Príncipe se ríe. El Príncipe se divierte. Perdonad, señores; al Príncipe le hace mucha gracia.

BUMBÚN. Sí, sí. ¡Muy gracioso! ¡Muy gracioso! ¡Y yo que creí que los tenía tan bien amaestrados!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En casa de Pancracio.

ESCENA PRIMERA

BELARDA, ERMELINDA y MELISENDRA; luego CENICIENTA y después PANCRACIO

MELISEN. ¿Dónde me pondré yo otro lunar?

BELARDA. No os compongáis más, hijas mías, que sin más composturas no las habrá más hermosas en el baile.

ERMELIN. ¿Verdad que sí? Y ya os vemos princesa, madre.

MELISEN. Duquesa por lo menos.

ERMELIN. Por supuesto, el señor Pancracio, vuestro marido, no vendrá con nosotras al baile.

BELARDA. De ningún modo. Se quedará en casa con Cenicienta. Pancracio no es hombre de sociedad. Cometería mil torpezas en el baile y nos pondría en ridículo.

ERMELIN. ¿Qué hora es ya?

MELISEN. Aun es temprano. No debemos presentarnos hasta que la concurrencia sea numerosa.

ERMELIN. Así será mayor el efecto de nuestra entrada.

MELISEN. ¿Creéis que el Príncipe tendrá el honor de bailar con nosotras?

ERMELIN. ¡Ya lo creo! Pero yo, aunque él quiera bailar conmigo, pienso hacerme rogar un poquito. No crea que estoy loca por bailar con él.

BELARDA. ¿Queréis que llame a Cenicienta para que os vea vestidas?

ERMELIN. Sí. Llamadla para que se muera de envidia.

MELISEN. Ella se quedará en la cocina, junto al fogón, que es su sitio.

BELARDA. ¡Cenicienta! ¡Cenicienta!

MELISEN. Mucho se tarda el conde Fabio, que quedó en venir para acompañarnos.

ERMELIN. Con el intendente de Palacio, que ha de enseñarnos el baile de etiqueta. *(Entra Cenicienta.)*

CENICIENT. ¿Qué me queréis, señora?

BELARDA. ¿Estabas dormida, holgazana? No haces más que comer y dormir. Vida más regalada...

CENICIENT. ¿Regalada, verdad? Pues regalada y todo, se la doy a usted y a mis hermanas.

MELISEN. ¡Hermanas, hermanas! ¡No somos hermanas!

CENICIENT. ¡Ni Dios lo quiera!

ERMELIN. ¡Calle la insolente! ¡La zarrapastrosa!

CENICIENT. ¿Para eso me habéis llamado?

BELARDA. Te he llamado para que admires a Ermelinda y a Melisendra, que van al baile de Palacio; pero no te acerques.

CENICIENT. ¿Es esta noche el baile? Sí que estáis muy compuestas. ¡Lástima que la cara no las acompañe!

BELARDA. ¿Qué dices?

ERMELIN. ¡Habráse visto!

MELISEN. ¡Qué más quisieras tú!

CENICIENT. ¿Qué más quisiera? ¡Pues sabed que si yo quisiera iría al baile!

BELARDA. ¡Tú estás loca!

ERMELIN. ¡Miren que manía la dió! Que ella podía ir al baile...

CENICIENT. ¡Pues sí! ¡Pues sí! Todo sería... He soñado tantas cosas... Todas las noches sueño.

MELISEN. Pues nada, preséntate si te atreves. No necesitas componerte. Hazte anunciar por los ujieres. ¡Yo soy la princesa puerca Cenicienta!

ERMELIN. ¡Ja, ja! ¡La princesa puerca Cenicienta!

CENICIENT. Sí, sí; burlaos de mí. *(Entra Pancracio.)*

PANCRAC. ¿Por fin vais al baile?

BELARDA. ¡Pues qué!, ¿os creíais que faltaría quien nos invitara?

PANCRAC. Ya sé, ya sé que cosa que se os ponga en la cabeza... Pues bien : yo iré con vosotras. No está bien que os presentéis sin un hombre que os autorice. ¡Qué pensarían de vosotras!

ERMELIN. ¿Venir vos? ¡De ningún modo!

MELISEN. ¡No lo penséis siquiera el presentaros en nuestra compañía!

PANCRAC. ¡Pues nos quedaremos todos en casa!

BELARDA. ¡Te quedarás tú! ¡No faltaría otra cosa! Y mira, marido, aquí no hay más voluntad que la mía; porque no hay más dinero que el mío, ¿entiendes? Y yo y mis hijas somos muy dueñas de hacer nuestro gusto. Y si os conviene, tomadlo, y si no, dejadlo, que ya estoy muy harta.

PANCRAC. ¡Mujer, mujer!

BELARDA. ¡Marido, marido!

CENICIENT. ¡Vámonos de esta casa, padre! Más vale morirse de hambre en un rincón. A más, de que yo me basto para trabajar y ganarlo para vivir los dos.

BELARDA. ¿Qué dice la mozuela? ¡A la cocina; pronto!

ERMELIN. ¡Es mucha insolencia! Nosotras nos tenemos la culpa por consentirla tanto.

MELISEN. Poco agradece el pan que come.

BELARDA. ¡A la cocina! ¡A la cocina!

CENICIENT. ¡Padre, padre!

PANCRAC. ¡Soy un calzonazos! ¡Todo me está muy bien empleado!

MELISEN. ¡Callad, que llegan el conde Fabio y el intendente!

ESCENA II

DICHOS, el CONDE, BUMBÚN y BARTOLILLO

CONDE. ¡Hermosa Melisendra! ¡Celestial Ermelinda! ¡Madre de estas beldades! ¡Beldad vos misma! ¡Padre y muy señor mío! Os presento al señor Bumbún.

BUMBÚN. Y yo me postro a vuestras plantas. Saluda, Bartolillo, hijo mío.

MELISEN. ¿Es vuestro hijo?

BUMBÚN. ¡De ningún modo! Sobrino nada más. Es más elegante. Las personas de distinción no tenemos más que sobrinos. Saluda. Es un poco corto.

ERMELIN. Ya os habrá dicho el conde Fabio que antes de presentarnos en el baile queremos que nos aconsejéis cómo hemos de conducirnos.

MELISEN. Ante todo, ¿qué os parece nuestro tocado?

CONDE. ¡Maravilloso!

BELARDA. Podríamos lucir más joyas; pero no nos gusta ostentanción. Sólo en brillantes tenemos para apedrear.

BUMBÚN. Ya les basta a los ojos con sus niñas... Quiero decir, a las niñas con sus ojos. ¡Qué más brillantes! ¡Qué más pedrea!

BELARDA. Sois muy galante.

MELISEN. Decidnos ahora cómo hemos de saludar al Rey y al Príncipe.

BUMBÚN. Muy sencillo. Al llegar a su presencia procuráis acercaros lo menos posible. Después retrocedéis tres pasos como asustadas. El también parecerá que se asusta y retrocederá por su parte. Entonces avanzad dos pasos y medio. Inclinad la cabeza y medio cuerpo basta la cintura. Doblad la pierna derecha como si fuerais a desmayaros, y adelantad la izquierda como si fuerais a arrodillaros. Una graciosa sonrisa. Una mirada entornada y un poco de rubor, como si tuvierais vergüenza. Esto con el Príncipe. Con el Rey, no es tan necesario el rubor, porque es viudo.

MELISEN. ¿Y si el Príncipe nos pregunta algo?

BUMBÚN. Seguramente os preguntará vuestro nombre y vuestra condición.

ERMELIN. El nombre, bueno; pero ¿qué le contestaremos si nos pregunta nuestra condición?

BUMBÚN. Que sois solteras.

MELISEN. ¿Pero esa es una condición?

BUMBÚN. Sí; una condición, pero no indispensable.

BELARDA. Y alguna danza de Corte, ¿no podéis enseñarlas?

BUMBÚN. ¡Oh! Las danzas son mi especialidad. ¡Ven aquí, Bartolillo! Vais a ver. Yo seré la dama. El galán, Bartolillo. Fijaos, señoras mías. El galán invita a danzar. No es de buen gusto mirarse los pies como diciendo: ¡Me aprietan los zapatos! Se sonríe el galán. Se abre el abanico hasta la tercera varilla y se apoya sobre el corazón, lo que quiere decir: ¡Estoy impresionada! El galán toma la mano de la dama y empieza la danza. Vuelta, reverencia, otra vuelta; la mano derecha, la izquierda, la derecha... ¡Bartolillo! ¿Pero no sabes dónde tienes la mano derecha? A este Bartolillo le pasa lo que a nuestros políticos: confunden la derecha con la izquierda. ¡Fijaos ahora! El paso del desmayo. ¡Cataplún! ¡Ay!... ¡Ay!... Esto es que vuelvo en mí. Mirada vaga como si dijera: ¿En dónde estoy? Suspiros asesinos y mirada ladrona.

MELISEN. ¿Qué habéis dicho?

BUMBÚN. Ladrona. ¡Ay! ¡Maldita sea tu estampa!

BELARDA. ¡Caballero!...

BUMBÚN. No; esto se lo digo a Bartolillo, que me ha dado un pisotón..., que... Perdonad; pero no puedo continuar. Bueno. ¿Ya os habéis hecho cargo?

ERMELIN. ¡Oh, sí, es admirable!

PANCRAC. ¡Eh, caballerete!, ¿queréis dejar en paz a mi mujer?

BELARDA. ¡Pancracio, no seas ridículo!

BARTOL. Caballero, la enseñaba a danzar.

PANCRAC. Mi mujer no tiene que danzar con nadie.

BELARDA. No le hagáis caso.

PANCRAC. ¿Cómo que no hagan caso?

BELARDA. Comprenderéis que es un hombre vulgar. ¡Vamos, Conde! ¡Vamos, señores! Que ya nos espera la carroza.

PANCRAC. ¿Qué carroza?

BELARDA. La carroza del Conde. ¿Creíais que íbamos a ir al baile de cualquier modo?

PANCRAC. ¡Dichoso baile! ¡Dichosa fiesta!

BELARDA. Podéis acostaros y dormir sin cuidado.

PANCRAC. Seguro que dormiré muy tranquilo; y si supiera que nunca había de volver a encontrarla a mi lado... ¡Señor! ¡Señor! Una vez me quedé viudo para mi desdicha; ¿no podré volver a enviudar ahora para mi felicidad?

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Una cocina.

ESCENA ÚNICA

CENICIENTA, FANTASÍA, PRÍNCIPE, POETA y VIEJA

CENICIENT. ¡Estoy rendida! ¡Me muero de sueño! ¡Si me durmiera y soñara que estaba en la fiesta de Palacio, donde estarán ahora mi madrastra y sus hijas! ¡Será una hermosa fiesta! Yo no he visto ninguna así. No la veré nunca. Para la pobre Cenicienta

no hay alegría ni fiestas. Trabajar, trabajar todo el día, y malcomer y verme maltratada. ¿Qué he hecho yo para esto? Yo no soy mala. ¡Tú lo sabes, madre mía! Que mi padre es pobre y no tiene valor para defenderme; y yo sola, ¿qué puedo yo sola? ¡Ay! ¡Estoy rendida! La viejecita del bosque... Sí; ella me dijo: «Acuérdate de mí cuando tengas alguna pena muy grande o algún deseo que no puedas satisfacer.» La fiesta de Palacio. ¡Quién pudiera estar allí! El Príncipe, tantas damas con preciosos vestidos, y yo allí. *(Se queda dormida. Entran el hada Fantasía, el Príncipe y el Poeta.)*

PRÍNCIPE. ¿Adónde me traéis, amigos míos? ¿Qué lugar es éste tan miserable?

FANTASÍA. No temáis mientras vengáis con nosotros. A los príncipes como tú, sólo puede traerles aquí la Fantasía; pero no está mal que siquiera con la imaginación se acerquen a los pobres y miserables de la tierra.

PRÍNCIPE. En ellos he pensado siempre desde que supe que existían. ¿Por qué creéis que fué siempre mi tristeza? Yo quisiera reinar y que en mi reino no hubiera miserables ni desdichados. ¿Quién duerme aquí?

FANTASÍA. Una pobre y triste criatura abandonada de todos.

PRÍNCIPE. ¿Y qué puedo hacer por ella?

FANTASÍA. Poeta mío, dile al Príncipe qué debe hacer.

POETA. Príncipe que serás Rey: a todos nos fué otorgado un poder divino. Todos, los más humildes y más desdichados, podemos en cada hora de nuestra vida mejorar y embellecer el mundo; pero a los que os fué otorgado poder más alto, más alto deber también os obliga. Mensajeros somos todos en el mundo de una idea divina; pero al andar por el mundo, el camino nos divierte y olvidamos el mensaje. Eramos portadores de luz, y la luz se apagó y se perdió en las tinieblas. La luz que avivada por nuestro corazón pudiera ser en la tierra como una estrella del cielo. Y peor si, orgullosos y egoístas, creemos que la luz es nuestra propia luz, y hacemos de ella como adorno ostentoso, joya prendida para la admiración, para la envidia. Luz del entendimiento, y no calor del corazón. Príncipe que por nosotros dejaste la fiesta de Palacio para llegar hasta aquí:

ya viste a Cenicienta; ya sabes de ella. La última criatura de tu reino. La más pobre y triste. Volvamos ahora a tu Palacio. Volvamos a la fiesta; pero ya no te olvidarás de ella. No podrás olvidarla nunca.

CENICIENT. ¡Qué hermosa fiesta! ¡Es el Príncipe! ¡Es el Príncipe!

POETA. Ella sueña contigo. Sólo en sueños puede acercarse a ti; pero tú puedes en realidad llegar hasta ella. Cuando el sueño y la realidad se confundan... ¡qué hermosa realidad! *(Salen el Poeta, el Príncipe y el hada Fantasía.)*

CENICIENT. ¡Eh! ¿Quién ha estado aquí? ¿Quién hablaba que eran como de luz sus palabras? Hasta el corazón me llegaron. *(Entra la viejecita del bosque.)* ¿Quién es?

VIEJA. Soy yo. ¿Te acuerdas de mí?

CENICIENT. ¡La viejecita del bosque!

VIEJA. Sí, yo soy. Aquí me tienes. Estás triste. Tienes un deseo que a ti misma te parece imposible que nadie pueda satisfacer. Ir a la fiesta de Palacio. ¿Es cierto? Pues irás, irás, irás. Yo te lo aseguro.

CENICIENT. ¿Cómo? ¿Con qué traje puedo yo presentarme en la fiesta?

VIEJA. En mi cabaña hay unas arañitas maravillosas que tejieron para ti un precioso vestido. Mira.

CENICIENT. ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando? ¿No es verdad?

VIEJA. Mira, y este collar de perlas. Cada una de las lágrimas que has vertido, es ahora una de estas perlas. Nada que sea bondad ni amor se pierde en el mundo. Los buenos pensamientos se truecan en buenas obras. Lo que es flor en la tierra, es estrella en el cielo. Las perlas y los diamantes son las lágrimas de los que han llorado por el mal que otros hicieron. Tú irás vestida y adornada de tu propia bondad; por eso no la habrá más hermosa en la fiesta. ¡Llegad, mis pajes! ¡Acercad la silla de manos!

CENICIENT. ¡Oh, qué maravilla! ¿Todo eso es para mí? ¿Quién sois, que podéis tanto?

VIEJA. Una pobre viejecita de quien tuviste compasión cuando más podía tenerse de ti. Por mis penas olvidaste las tuyas. Por favorecerme te expusiste a que te castigaran. ¿Crees que yo podía olvidar todo eso? ¡Servidores míos, llevad a Cenicienta a la fiesta de Palacio!

CENICIENT. ¿Pero es verdad? ¿No es un sueño? ¿Iré a la fiesta?

VIEJA. Sí, pobre Cenicienta, y serás la más hermosa y la más obsequiada. Sólo una cosa debo advertirte. Antes de que en el gran reloj de Palacio suenen las doce de la noche, saldrás de la fiesta, sin que nada pueda detenerte. Si te retrasaras un instante, gran desdicha sería para ti. No lo olvides.

CENICIENT. ¿Cómo he de olvidarlo? Y cuando me vean mi madrastra y mis hermanas..., ¿qué dirán?

VIEJA. Descuida. No han de conocerte. Nadie te conocerá.

CENICIENT. Es cierto; ¿cómo han de conocer a la pobre Cenicienta, vestida de este modo? Pero... mañana..., antes..., cuando suene esa hora fatal..., ¿qué será de mí?

VIEJA. ¡Lo que el amor quiera que sea!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

El baile de Palacio.

ESCENA ÚNICA

ERMELINDA, MELISENDRA, BELARDA, BUMBÚN, RARTOLILLO y el CONDE FABIO; después el PRÍNCIPE, CENICIENTA y DAMAS

MELISEN. ¡Estoy furiosa!

ERMELIN. ¿Para esto hemos venido al baile?

MELISEN. El Príncipe no se ha fijado en nosotras.

ERMELIN. Señor Bumbún, ¿sabe el Príncipe que estamos aquí? ¿Sabe de quién descendemos?

BUMBÚN. ¡Cómo! Sí lo sabe; pero ya habéis visto que el Príncipe sólo se ha fijado en esa princesa extranjera que ha llegado de pronto, sin saber de dónde.

CONDE. Es hermosísima, y su vestido parece fabricado por las hadas.

MELISEN. ¡Vaya, que no es para tanto!

BUMBÚN. Aquí llega con el Príncipe. Todos les abren paso con admiración. La dama es de rechupete. Bartolillo, no te pongas así, que no vas a conseguir nada. ¡Señores! Ahora se va a bailar el minué de honor. El Príncipe bailará, de seguro, con esa princesa.

ERMELIN. ¡Ah!, ¿y no bailará con nosotras?

MELISEN. ¡Para eso hemos venido! *(Entran el Príncipe y Cenicienta.)*

PRÍNCIPE. ¿En qué parte del cielo, qué mente creadora concibió tu hermosura? ¿Qué voluntad divina quiso mostrar en ella su poder infinito? Lo que hay en ti de humano es sólo como un velo piadoso para que ojos humanos pudieran contemplarte como a mujer y no cegaran a tanto resplandor. ¿De qué región inesperada llegaste, no como inesperada para ser sobresalto del corazón, que él ya te conocía y esperaba, porque eras el amor antes de ser la amada? Amor no es encontrar: es volver a encontrarse. No se ama sólo en una vida nuestra. Se ama por toda una eternidad, y al perderse y volverse a encontrar de nuestras almas en una vida y otra, el corazón ya sabe. Por eso, cuando todos preguntan: ¿Quién puedes ser?, ¿de dónde pudiste llegar?; cuando yo mismo, ignorante y curioso, quisiera preguntarte, el corazón me dice: No preguntes; es ella, es ella. Y ella quiere decir es tu vida, es tu alma; todo lo que has vivido y todo lo que has soñado; todo lo que recuerdas de tantas vidas y todo lo que esperas por una eternidad.

CENICIENT. Príncipe, señor, yo no sabré deciros quién soy ni de dónde vengo, porque no sé si es esto la verdad o la ilusión de mi vida. Si porque me esperabais estoy aquí, cuando me hayáis olvidado volveré a ser lo que era antes. Todo lo que yo sea será por vuestro amor.

BUMBÚN. ¡Señor! El Rey ordena que empiece el minué de honor. ¿Con quién os dignaréis bailar?

PRÍNCIPE. ¿Lo preguntáis?

BUMBÚN. Por cumplir con el ceremonial. *(Bailan.)*

CENICIENT. ¡Las doce! ¡Soltad! Soltad!

PRÍNCIPE. ¿Qué os sucede? ¿Dónde vais?

CENICIENT. ¡No, no! ¡Dejadme o estoy perdida! ¡Las doce! ¡Las doce!

PRÍNCIPE. No; no saldrás, no saldrás. ¿Dónde está? ¡Guardias! ¡Señores! ¡Corred! ¡Cerrad las puertas de Palacio! ¡Que no salga! ¡Volvedla a mi presencia! ¡Si no vuelve a mí, me daré muerte!

BUMBÚN. Señor, ha huído como por encanto, con tanta ligereza, que ved: ha perdido un zapato.

PRÍNCIPE. ¡No volveré a verla! ¡No volveré a verla! ¡Se ha burlado de mí como una ilusión! ¡Buscadla por todas partes! ¡Traedla aquí, o me daré muerte!

BUMBÚN. ¡Señor, no es para tanto! Prosiga la fiesta. Ved que hay aquí damas muy hermosas, más hermosas que esa aventurera que nadie sabe de dónde ha llegado. ¡Acercaos, señoras! Sonreíd al Príncipe!

PRÍNCIPE. ¡Callad! ¡Callad, miserable bufón! ¡Callad! ¡Callad! ¡Dejadme! ¡No quiero verlas! ¡Todas son horribles!

BUMBÚN. ¡Ha dicho horribles!

DAMAS. ¡Ah! ¡Oh!

PRÍNCIPE. Todas son viejas.

BUMBÚN. ¡Ha dicho viejas!

DAMAS. ¡Oh! ¡Ah! *(Todas se desmayan.)*

BUMBÚN. ¡Señor! ¡Señor! ¡Buena la habéis hecho!

PRÍNCIPE. ¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Mi reino por su amor!

TELÓN



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La cocina.

ESCENA ÚNICA

CENICIENTA duerme. FANTASÍA

CENICIENT. ¡Las doce! ¡Las doce! ¡La hora fatal! ¡Sí, debo partir! ¡Dejadme! Sí, sí. Es la hora. La hora del desencanto, de la desilusión. La hora de volver a la realidad. A mi pobre vida. La pobre Cenicienta. Esta es su vida, ésta. Lo demás fué soñar. *(Entra Fantasía.)*

FANTASÍA. No; yo vengo a ti para destruir el tiempo, para matarlo, como dicen los hombres, que bien saben que el tiempo es su enemigo, como es el enemigo de la Fantasía. El tiempo, con sus siglos, sus años, sus días y sus horas, con sus instantes mismos, pretende esclavizar a la Humanidad. Es un tirano implacable. ¡Y cómo se burla de los hombres! Esperan algo impacientes...; el tiempo se detiene. Temen que llegue un día..., una hora...; el tiempo parece acelerarse. Siempre en contra del corazón. ¡El corazón! Ese sí que no engaña. Sus latidos son la mejor medida de las horas tristes o felices. ¡Pobre Cenicienta! La Fantasía te llevará fuera del tiempo y de la vida, que es eso nada más. Tiempo que pasa. Tiempo que se pierde. Y yo quisiera para ti una eterna felicidad. Un eterno amor.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Una plaza.

ESCENA ÚNICA

Aldeanas y Aldeanos, BUMBÚN, BARTOLILLO y Pajes

Ald.º 1.º ¿Habéis oído el pregón por toda la ciudad?

Ald.º 2.º Ya lo hemos oído; que a todas las mujeres las trae locas.

Ald.ª 2.ª ¿Pues qué es ello, que yo no me he enterado de nada?

Ald.ª 1.ª Que parece ser que en la fiesta que hubo en Palacio la noche pasada se apareció una princesa muy hermosa, que nadie sabe de dónde había llegado, y el Príncipe perdió por ella el poco juicio que le quedaba. Ya sabéis que no anda muy bien de la cabeza; y como estaba bailando ella con el Príncipe, al dar las doce echó a correr sin que nadie pudiera detenerla, y desapareció como por arte de birlibirloque. Al correr se le cayó un zapato. Un zapato que dicen que parece de cristal o de diamante. Y como el Príncipe dice que se muere si no vuelve a verla o dan con ella, el Rey ha mandado que todas las mujeres de su reino se prueben el zapato perdido, y a la que le esté bien es señal de que ella es la que estuvo en el baile y enamoró al Príncipe, y el Príncipe se casará con ella. Así es que todas las mujeres están locas. Y las hay que se cortarían los pies para que las cayera bien el zapato.

Ald.º 1.º Pues tú no vayas a la prueba; que ya sé bien dónde te aprieta el zapato.

Aldeanas. ¡Callad! Ahí vienen los señores de Palacio, que andan por toda la ciudad probando el zapato.

Todos. ¡Silencio! ¡Silencio! *(Entran Bumbún, Bartolillo y Pajes.)*

Bumbún. ¡Bartolillo, echa el pregón!

Bartol. De orden del Rey, que se ha perdido un zapato en el baile de Palacio, y la que le hubiera perdido podrá reclamarlo. La que crea que el zapato

podrá ser suyo puede probárselo. La que tenga los pies pequeños y bonitos, ya puede decir: Pies, ¿para qué os quiero? Que por su pie subirá a ser princesa y le darán pie para todo. Y si el zapato no le sienta bien, se sabrá de qué pie cojea...

BUMBÚN. ¡Basta, Bartolillo!

ALDEANAS. ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Probadme el zapato! ¡A mí! ¡A mí!

BUMBÚN. ¡Pero, hijas mías, con esas peanas queréis probaros un zapato como éste!...

ALD.ª 1.ª Yo tengo un pie pequeño.

BUMBÚN. Estoy cansado de probaturas. Si en vez de zapato hubiera sido una liga, sería más ameno. Sigamos adelante con el pregón.

ALDEANAS. ¡Eh! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Venga! ¡Venga!

BUMBÚN. ¡Orden, orden!

BARTOL. De orden del Rey...

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

En casa de Pancracio.

ESCENA ÚNICA

BELARDA, MELISENDRA, ERMELINDA, CENICIENTA, BUMBÚN, BARTOLILLO y PAJES

ERMELIN. ¿Creéis que vengan a nuestra casa a probarnos el zapato que se perdió en el baile?

MELISEN. Sin duda. Pero como yo tengo el pie más pequeño que tú...

ERMELIN. ¡De ningún modo!

MELISEN. ¡Lo veremos!

BELARDA. ¡Callad, que llega gente! Es el señor Bumbún.

ERMELIN. ¡Es él! Traen el zapato. *(Entran Bumbún, Bartolillo y Pajes.)*

BUMBÚN. Aquí me tenéis, y nunca como ahora, a vuestros pies. ¿Es vuestro este zapato perdido?

ERMELIN. El natural pudor me impide asegurarlo. Probad y os convenceréis.

BUMBÚN. Bartolillo, prueba.
BARTOL. ¿Tenéis un calzador?
ERMELIN. No es necesario. Yo siempre llevo los zapatos holgados.
BARTOL. ¿Sí? Pues éste no holga.
ERMELIN. Sois muy torpe. Dejadme y veréis.
BUMBÚN. Me parece que no; me parece que no.
ERMELIN. Es que de tanto haber bailado...
BUMBÚN. Veamos la hermanita.
BELARDA. Melisendra, prueba tú.
MELISEN. Yo no me atreví a decirlo por no desairar a mi hermana; pero este zapato se me cayó a mí, que siempre he llevado el calzado muy ancho.
BUMBÚN. La comodidad es lo primero. Prueba, Bartolillo, que hoy es un día de prueba para todos.
MELISEN. Os dais muy mala maña.
BUMBÚN. Sí; aquí vale más fuerza que maña. Que traigan un escoplo y un martillo.
MELISEN. ¡Maldición!
BUMBÚN. Yo deploro... Según tengo entendido, aun hay otra joven en vuestra casa. Una cierta hija de vuestro marido.
BELARDA. ¿Quién? ¿Cenicienta? ¡Estáis loco! ¡De ella había de ser el zapato!
MELISEN. ¡Sería divertido! ¿Pues ella pudo estar en el baile?
BUMBÚN. Yo tengo orden del Monarca de que todas las jóvenes de la ciudad han de probarse el zapatito. Llamad a Cenicienta y veremos.
BELARDA. Sería cosa de risa...
BUMBÚN. Tanto mejor. Nos reiríamos mucho.
BELARDA. ¡Cenicienta! ¡Cenicienta!
MELISEN. ¡Ella, que no ha calzado nunca más que zuecos o abarcas!
ERMELIN. Cuando no ha ido descalza de pie y pierna. *(Entra Cenicienta.)*
CENICIENT. ¿Qué me queréis, señora?
BELARDA. Yo, nada. Estos señores.
BUMBÚN. Permitid... (Sí que es una princesa; por fortuna no hay que pensar.) ¿Conocéis este zapatito?
CENICIENT. ¡El mío! ¡Mi zapato! ¡El que perdí en el baile!
MELISEN. ¿Qué dice?
ERMELIN. ¿Está loca?
BELARDA. ¿Puede oírse con paciencia?...
CENICIENT. ¡Mirad!
MELISEN. ¡Oh!
ERMELIN. ¡Ah!

BUMBÚN. ¡Es ella!
BARTOL. ¡Ella!
ERMELIN. ¡Cenicienta!
MELISEN. ¡Cenicienta!
BELARDA. ¡Ah! No; es demasiado. Esto no puede ser. ¡Ven conmigo!
BUMBÚN. ¡Señora, dejadla!
CENICIENT. ¿Qué queréis de mí?
BELARDA. Ahora lo verás. ¡Traedla arrastrando si es preciso!
CENICIENT. ¡Ay, padre! ¡Padre mío! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que estas fieras me matan!
BUMBÚN. ¡Señoras! ¡Señoras mías! ¿Dónde la lleváis? No, no. Yo debo ir detrás. Yo debo presentársela al Príncipe. Es mi deber. Es suyo el zapato. Es la Princesa. Sigamos a estas tarascas, Bartolillo. Hay que salvar a la Princesa.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

Una cueva.

ESCENA ÚNICA

CENICIENTA, VIEJA, unos ENANOS, BUMBÚM y BARTOLILLO

CENICIENT. ¡Pobre de mí! ¡Ahora sí que voy a perecer! ¿Quién podrá salvarme? Mi madrastra me ha encerrado en esta cueva con estos monstruos horribles. ¿Qué va a ser de mí? ¡Madre mía! ¡Viejecita del bosque! ¿No vendrás a salvarme? *(Entra la vieja del bosque.)*
VIEJA. Aquí me tienes.
CENICIENT. ¡Ah! ¿Sois vos, mi protectora? ¿Venís a salvarme?
VIEJA. Yo sola no puedo salvarte. Es muy difícil salir de esta cueva. Sólo puedo aconsejarte lo que has de hacer para salir y seguir tu camino.
CENICIENT. ¿Qué camino he de seguir, si todo está obscuro?

VIEJA. Cuando se camina con buena intención, siempre es seguro el camino. Poco a poco tus ojos verán en la obscuridad. A un lado y a otro del camino te saldrán monstruos a tu paso; es decir, te parecerán monstruos; pero si te atreves a mirarlos de frente, verás que son enanillos como éstos. Gritan, vociferan, pretenderán detenerte con denuestos y aspavientos; pero tú no los mirarás siquiera, y a cuanto te digan sólo has de responder siempre: «Y qué se me da a mí, y qué se me da a mí.» Y sigues adelante. Adelante siempre.

CENICIENT. Así lo haré, viejecita mía. Madre mía.

ENANOS. ¡Puerca Cenicienta! ¡Puerca Cenicienta! ¿Dónde vas? ¿Crees que vas a ser princesa? Para ti estaba. ¡Anda de ahí, zarrapastrosa! ¡Puerca Cenicienta! ¡Puerca Cenicienta!

CENICIENT. Y qué se me da a mí, y qué se me da a mí.

ENANOS. ¡Te mataremos! ¡Te comeremos! ¡Te haremos picadillo!... ¡Así, así, así!

CENICIENT. Y qué se me da a mí, y qué se me da a mí.

VIEJA. Eso has de decir. Eso has de decir. Siempre adelante. Siempre. *(Salen todos. Entran Bumbún y Bartolillo.)*

BARTOL. ¡Estoy muerto de miedo!

BUMBÚN. Yo también; pero no hay más remedio. Por aquí trajeron a Cenicienta su madrastra y sus hijas. Aquí la han encerrado, y nosotros hemos de sacarla de su encierro. Eso tendrá que agradecernos cuando sea princesa. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

BARTOL. ¿Qué bicharracos son éstos?

ENANOS. ¡Te mataremos! ¡Te comeremos! ¡Te haremos picadillo!...

BARTOL. ¿Qué dicen estos cabezotas?

ENANOS. Bartolillo, eres tonto, tonto, tonto.

BUMBÚN. ¡Pero si te conocen!

ENANOS. Y a ti también, Bumbún; que eres más terco que Bartolillo, aunque quieras parecer pillo, pillo, pillo. ¡Te mataremos! ¡Te comeremos! ¡Te haremos picadillo!

BUMBÚN. ¡Ya me harto yo! Bartolillo, hay que romper la cabeza a estos cabezotas. Aquí traigo a prevención un rebenque. Sírveme tú de escudo ¡y a ellos! Aquí pereció Sansón con todos los filisteos. *(Gran pelea.)*

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

(APOTEOSIS)

TODOS. ¡Viva la Princesa! ¡Viva!

POETA. El cuento ha terminado, y es lo mejor del cuen-
[to
que ni el poeta mismo sabe cuál es su intento,
ni adónde le ha llevado su propio pensamiento,
ni cómo lo ha contado, ni por qué lo contó.
¿Moralidad? ¡Qué importa! El hada Fantasía
ni de moral entiende, ni de filosofía.
Donde haya una belleza, donde haya una armo-
ya dice Fantasía que existe una virtud. [nía,
Si yo moralizara, el comento del cuento
sería que, por buena, Cenicienta triunfó;
pero el poeta sabe que triunfó por hermosa,
porque halló en su camino un hada caprichosa;
porque todo fué cuento, y el cuento se acabó.

TELÓN

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, idem id.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El Nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)

La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.*)
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: **2,50** pesetas